

Machado...). El dramatismo también queda reforzado por una serie de fotografías obtenidas del diario *Ideal* de la época.

Pérez Prados afronta toda esta materia narrativa con un equilibrado ritmo que hace que el relato vaya avanzando de forma imperceptible, con un interés creciente por parte del lector, especialmente del lector que, por razón de edad, vivió aquellos hechos y el ambiente político de los estertores del franquismo. Este narrador *preferente*, que estará necesariamente en torno a los sesenta años de edad, reconocerá como suyas las mil referencias a un pasado aquí recuperado para seducirnos a través de la irresistible nostalgia: la aparición de los primeros panfletos antifranquistas, impresos con las «vietnamitas»; el ambiente de flirteo con las turistas y las primeras experiencias clandestinas; el acalamiento previo al flirteo y la pretendida fama machista de los *latin lovers* hispanos; el cine fórum (impagable la referencia a un maravilloso melodrama de la época: *La hija de Ryan*, de David Lean, 1970); el viaje de Motril a Barcelona en un autobús de época; los brotes de militancia antifranquista y la confusión política, que metía en el mismo frente las reivindicaciones sindicales y los afanes nacionalistas del catalanismo; el



EDIFICIO DE LOS ANTIGUOS SINDICATOS HOY RECONVERTIDO EN HOTEL DE CUATRO ESTRELLAS, EN LA AVDA. DE LA CONSTITUCIÓN

repasso geográfico-emocional de la Granada pobre y atrasada de los setenta; los curas obreiros (con una referencia concreta al párroco de *La Virgenica*, un barrio entonces ferozmente deprimido); la costumbre de los encierros en las iglesias, único ámbito donde las fuerzas del *orden* no se atrevían a entrar; las referencias musicales de la época (Los Brincos, *Lone Star*, Los Ángeles, Tom Jones, Serrat, Matt Monro, María Dolores Pradera, Peret, Julio Iglesias, Raphael, Karina, Nino Bravo, Mari Trini, Víctor Manuel, Carlos Cano...); las lecturas juveniles de Martín Vigil...

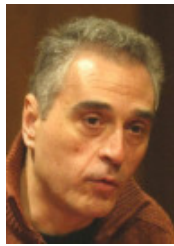
Son las mil referencias concretas que configuran un telón de fondo anímico en que encuadrar esta novela, ágil, amena, llena de ternura, de denuncia, de solidaridad, de recuerdos ahora redivivos. Su lectura termina con un regusto en el alma, una sonrisa en el semblante y con una combativa necesidad de mantener aquel episodio en nuestro recuerdo:

De aquellos hechos pasados nos queda la dignidad, el recuerdo, la esperanza.

Nos queda la memoria.

Nos queda la memoria, y eso es mucho: es nuestra propia vida, que algún día se hará Historia.

La vida nueva

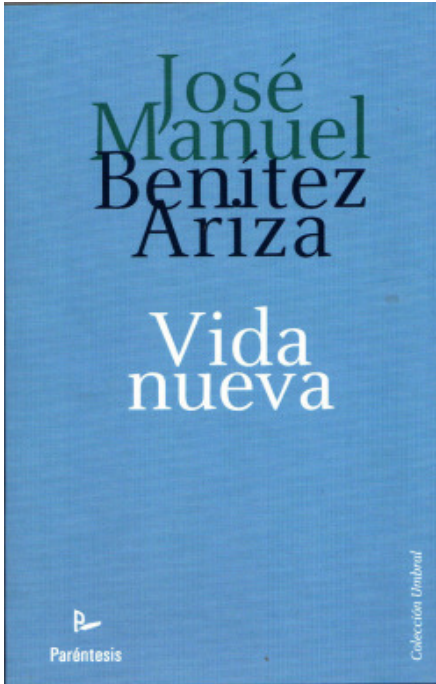


JOSÉ VICENTE PASCUAL

Primer acierto de *Vida nueva*: un título dantesco, a sabiendas el lector, el autor y en este caso el comentarista de la obra, que dicho adjetivo no pega aquí ni con *loctite*, si bien dicho título parece más que acertado. Aceptar de esta manera el riesgo de ser preciso pese a todo, da buen augurio sobre la novela.

Transcurre la narración en la bulliciosa apacibilidad navideña, en el año 1978. El protagonista, Mellao por sobrenombre, evoca aquellos días en que la pulsión vital de un nuevo año se sobreañade a la inquietud de los tiempos muy jóvenes y, a mayor carga de profundidad, en una sociedad naciente como lo era España por esas fechas, casi recién enterrados el Caudillo y el franquismo, recién estrenada la democracia (con perdón por usar palabra tan solemne para referirme a lo que hubo y lo que hay); y recién aprobada la Constitución que continúa vigente como ley de leyes. Son días de inquietud y difusa esperanza, quizás los mejores tiempos, acaso los peores, pues siempre se tiene esa sensación de ambigüedad emocional a la hora de sopesar lo que significaron aquellos sesgos históricos a los que asistimos, por así decirlo, en primera fila.

Ambiguos son los personajes que surcan la novela en su dimensión sentimental (decisiva: la propia obra se quiere a sí misma como parte de una más extensa «educación sentimental», de la que este título es segunda entrega). Ambiguos, decía, en el sentido de que la extrema juventud y las agitadas ilusiones en pleno desvelamiento del mundo son ambiguas: el Mellao, Flores, Fonde, el Negro, el Guapo, pasan el tiempo entre lecturas «comprometidas», divagando sobre el sentido del mundo y la existencia, y también haciendo cábalas sobre la posibilidad de ligar con alguna chica; juegan al billar, se pierden por alguna gamberrada, guardan en el bolsillo una cinta magnética, la banda sonora de *Grease* con la esperan-



za de que sirva a sus propósitos venatorios respecto al otro sexo, y dan sus reglamentarios bandazos en busca de alguna que les diga «qué bonitos ojos tienes». Todo normal, todo conforme al estilo y maneras determinadas para esa juventud efervescente que busca con avidez y encuentra más satisfacción en la misma búsqueda que en el encontronazo cotidiano con la realidad. El relato fluye minucioso, pausado, arropado en una prosa intachable y en ocasiones brillante. Hay en ese afán de Benítez Ariza por narrar detalladamente los episodios de unas navidades imborrables, cierto eco barojiano (por más que don Pío no salga bien parado en las conversaciones literarias de los personajes); me refiero a ese contar lo evidente, nombrándolo con creatividad y generando en el lector un sostenido desasosie-

go, la certeza de que, tras lo que se ve, está lo importante, en este caso insondable, y que lógicamente no puede verse aunque sí sugerirse con sutil eficiencia. Nadie que no fuese muy joven a finales de los setenta puede evadirse de la capacidad de evocación de *Vida nueva*, ese trazado nebuloso de un tiempo que ya sucedió y que tiene la doble, turbadora virtud, de haber sido esquivo cuando fue presente y permanecer en el territorio de lo mítico cuando lo recordamos.

Un servidor, al menos, desde que se hizo adulto con todas las consecuencias, siempre ha tenido esa impresión: en aquel tiempo, no nos enterábamos de nada; en la actualidad, desde la voluntariosa y traicionera memoria... nos resulta más grande aún el misterio. Verdad de nuevo hallada en esta novela. Es de agradecer el grato reencuentro a la pericia narrativa de Benítez Ariza.

Si tenían más de diez años y menos de cuarenta cuando falleció Franco, no se pierdan esta novela. Si apetecen un libro que las hará pensar y sonreír, dejen de lado el DNI y háganse con un ejemplar de *Vida nueva*.

PS. / Durante la lectura me devanaba el sesamen pensando en qué mote le vendría de perlas a la descarada y un poco altiva Ana del Pozo. Al final, se demuestra que el imaginario común de finales de los setenta estaba bien provisto de recursos. Ignoro si el apodo llegó a aplicarse realmente a alguna conocida del autor o si es invención suya, para cumplir una de esas promesas que se hacen al lector y que no pueden dejarse sin resolver. Sea como fuere, el resultado sólo tiene un calificativo: magistral.

José Manuel Benítez Ariza
Ed. Paréntesis. Col. Umbral.
Sevilla, 2010
216 pág. 13• - 9'10• ebook